

PQ 6533

A7

V.1

1874-75

COLLECCION

MELIORES AUTORES
EXTRAÑOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO XIV

ALFONSO DE CASTELLANOS

1874

DON MARIANO GÓMEZ DE LABRADOR



Madrid, 1874.—IMP. EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^{ta},
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

CARTAS Á ANDRES NIPORESAS

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

De las Batuecas este año que corre.

Andres mio: Yo pobrecito de mí, yo Bachiller, yo batueco, y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de region en region, yo hablador y careciendo de toda persona dotada de chispa de razon con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortesano y discreto!!! ¡Qué de motivos, querido Andres, para escribirte!

Ahí van, pues, esas mis incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compagina-

das, derramándose á borbotones como agua de cántaro mal tapado.

¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada más.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que ha de ser leído; empero más ardua empresa se me figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amén, quien inventó el escribir! Dale con la civilización, y vuelta con la ilustración. ¡Mal haya, amén, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mío, que aquí no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos á mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡Oh infeliz moderación! ¡Oh ingenios limpios los que no tienen, que enseñar! ¡Oh entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡Oh felices aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Gutenberg! ¿Qué genio malféfico te inspiró tu diabólica invención? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, ni los griegos ni los romanos? ¿Y no vieron, y no dominaron?

¿Que eran más ignorantes dices? ¿Cuántos murieron de esa enfermedad? ¿Qué re-

mordimientos atormentaron la conciencia del Omar, que destruyó la biblioteca de Alejandria? ¿Que eran más bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecían, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran; usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡Oh felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

Mira aquel librero ricachón que cerca de tu casa tienes. Llégate á él y dile: ¿Por qué no emprende usted alguna obra de importancia? ¿Por qué no paga bien á los literatos para que le vendan sus manuscritos?— ¡Ay señor! te responderá. Ni hay literatos, ni manuscritos, ni quien los lea: no nos traen sino folletitos y novelitas de ciento al cuarto; luego tienen una vanidad, y se dejan pedir.... No, señor, no.— ¿Pero no se vende?— ¿Vender? Ni un libro; ni regalados los quiere nadie; llena tengo la casa.... ¡Si fueran billetes para la ópera ó los toros....!

¿Ves pasar aquel autor escuálido de todos conocido? Dicen que es hombre de mérito. Anda y pregúntale: «¿cuándo da usted á luz alguna cosita? Vamos.....— ¡Calle usted por Dios! te responderá furioso como si blasfemase; primero lo quemaría. No hay dos librereros hombres de bien. ¡Usureros! ¡Mire usted, dias atras me ofrecieron una onza por la propiedad de una comedia extraordinariamente aplaudida; seiscientos reales por un Diccionario Manual de Geografía, y por un Compendio de la Historia de España, en cuatro tomos, ó mil reales de una vez, ó que entraríamos á partir ganancias, despues de haber hecho él las suyas, se entiende!!! No, señor, no. Si es en el teatro, cincuenta duros me dieron por una comedia que me costó dos años de trabajo, y que á la empresa le produjo doscientos mil reales en ménos tiempo; y creyeron hacerme mucho favor. Ya ve usted que salía por real y medio diario. ¡Oh! y eso despues de muchas intrigas para que la *pasáran y representáran*. Desde entónces, ¿sabe usted lo que hago? Me he ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scot, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper, que hablan de marina, y es materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene á dar por pliego de im-

prenta, y el dia que no traduzco no como. Tambien suelo traducir para el teatro la primer *piececilla* buena ó mala que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta ménos; no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro á silbidos la noche de la representacion. ¿Qué quiere usted? En este pais no hay aficion á esas cosas.

¿Conoces á aquel señorito que gasta su caudal en tiros y carruajes, que lo mismo baila una mazurca en un sarao con su pantalon *colan y su clac*, hoy en traje diplomático, mañana en polainas y con chambergo, y al otro arrastrando sable, ó en breve chupetin, calzon y faja? Mil reales gasta al dia, dos mil logra de renta; ni un solo libro tiene, ni lo compra, ni lo quiere. Pues publica tú algun folleto, alguna comedia..... Prevalido de ser quien es, tendrá el descaro de enviarte un gran lacayo aforrado en la magnífica librea, y te pedirá prestado para leerlo, á tí, autor, que de eso vives, un ejemplar que cuesta una peseta. Ni con eso se contenta; darálo á leer á todos sus amigos y conocidos, y por aquel ejemplar leerálo toda la corte, ni más ni ménos que ántes de descubrirse la imprenta, y gracias si no te pide más para regalar. Pregúntale: «¿por qué no se suscribe á los periódicos? ¿Por qué no compra libros, ni fiados siquiera?—¿Qué quiere usted que

haga? te replicará, ¿qué tengo de comprar? Aquí nadie sabe escribir; nada se escribe: todo eso es porquería.» Como si de coro supiera cuantos libros buenos corren impresos.

Por allá cruza un periodista..... Llámale, grítale: «¡D. Fulano! Ese periódico, hombre, mire usted que todos hablan de él de una manera.....— ¿Qué quiere usted? te interrumpe; un redactor ó dos tengo buenos, que no es del caso nombrar á usted ahora; pero los pago poco, y así no extraño que no hagan todo lo que saben: á otro le doy casa, otro me escribe por la comida.....— ¡Hombre! ¡Calle usted!— Sí, señor; oiga usted, y me dará la razón. En otro tiempo convoqué cuatro sabios, díles buenos sueldos; redactaban un periódico lleno de ciencia y de utilidad, el cual no pudo sostenerse medio año; ni un cristiano se suscribió; nadie lo leía; puedo decir que fué un secreto que todo el mundo me guardó. Pues ahora con eso que usted ve estoy mejor que quiero, y sin costarme tanto. Todavía le diría á usted más..... Pero..... Desengañese usted, aquí no se lee.— Nada tengo que replicar, le contestaría yo, sino que hace usted lo que debe, y llévase el diablo las ciencias y la cultura.»

Lucidos quedamos, Andres. ¡Pobres batuecos! La mitad de las gentes no lee, por-

que la otra mitad no escribe, y esta no escribe porque aquella no lee.

Y ya ves tú que por eso á los batuecos ni nos falta salud ni buen humor, prueba evidente de que entrambas ninguna falta nos hacen para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora, que viendo llorar á una su parienta porque no podía mantener á su hijo en un colegio, «calla, tonta: le decía: mi hijo no ha estado en ningún colegio, y á Dios gracias bien gordo se cria y bien robusto.»

Y para confirmacion de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de éstos tuve no há mucho, en que todos vinieron á contestarme en sustancia una misma cosa, concluyendo cada uno á su tono y como quiera.

Aprenda V. la lengua del país, les decía, coja V. la gramática. — La parda es la que yo necesito, me interrumpió el más desembarazado con aire zumbon y de chulo; fruta del país: lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.

Escriba V. la lengua con correccion.— Monadas! ¿Qué mas dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿Si pasará por eso de ser vino?

Cultive V. el latin.— Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.

El griego. — ¿Para qué, si nadie me lo ha de entender?

Dése V. á las matemáticas. — Ya sé sumar y restar, que es todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.

Aprenda V. física. Le enseñará á conocer los fenómenos de la naturaleza. — ¿Quiere V. todavía más fenómenos que los que está uno viendo todos los días?

Historia natural. La botánica le enseñará el conocimiento de las plantas. — ¿Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer, guisadas me las han de dar.

La zoología le enseñará á conocer los animales y sus... — ¡Ay! Si viera V. cuántos animales conozco ya!

La mineralogía le enseñará el conocimiento de los metales, de los... — Mientras no me enseñe dónde tengo de encontrar una mina, no hacemos nada.

Estudie V. la geografía. — Andé V., que si el día de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no geografía; ya sabrá el postillon el camino, que esa es su obligacion, y dónde está el pueblo adonde voy.

Lenguas. — No estudio para intérprete: si voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que es la lengua universal.

Humanidades, bellas letras... — ¿Letras? de cambio: todo lo demas es broma. — Si quiera un poco de retórica y poesía. — Sí, sí, venga V. con coplas; ¡para retórica estoy yo! Y si por las comedias lo dice V., yo no las tengo de hacer: traduciditas del frances me las han de dar en el teatro.

La historia. — Demasiadas historias tengo yo en la cabeza. — Sabrá V. lo que han hecho los hombres... — ¡Calle V. por Dios! ¿Quién le ha dicho á V. que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sabe uno lo que pasa en casa!

Y por último concluyeron: mire V., dijo el uno, déjeme V. de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos. — Mire V., dijo otro, mi tío es general, y ya tengo una charretera á los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo más, sin necesidad de quemarse las cejas; para llevar el chafarote al lado y lucir la casaca no se necesita mucha ciencia. — Miré V., dijo el tercero, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de la sangre azul no han de ser médicos ni abogados, ni han de trabajar como la canalla... Si me quiere V. decir que don *Fulano* se granjeó un grande empleo por su ciencia y su saber, ¡buen provecho! ¿quién será él cuando ha estudiado? Yo no quiero

degradarme.—Mire V., concluyó el último, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal cual letra; ya he logrado meter la cabeza en rentas por empeños de mi madre; un amigo nunca me ha de faltar, ni un empleillo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningún catedrático de Alcalá ni de Salamanca.

Bendito sea Dios, Andrés, bendito sea Dios, que se ha servido con su alta misericordia aclararnos un poco las ideas en este particular. De estas poderosas razones trae su origen el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y del no saber es escuela indispensable ese hastio y ese tedio que á los libros tenemos, que tanto redundan en honra y provecho, y sobre todo en descanso de la patria.

¿Pues no da lástima, me decía otro batueco días atrás, ver la confusión de papeles que se cruzan y se atropellan por todas partes en esos países cultos que se llaman? ¡Válgame Dios! ¡Qué flujo de hablar y qué caos de palabras, y qué plaga de papeles, y qué turbión de libros, que ni el entendimiento barrunta cómo hay plumas que los escriban, ni números que los cuenten, ni oficinas que los impriman, ni paciencia que los lea! ¿Y con aquello se han de mantener un sinnúmero de hombres, sin más oficio ni beneficio que el de literatos? Y

dale con las ciencias y dale con las artes, y vuelta con los adelantos y torna con los descubrimientos. ¡Oh siglo gárrulo y lenguaraz! ¡Mire V. qué mina han descubierto!

¡Qué de ventajas, Andrés, llevamos en esto á los demás! Muérense miserables aquí los autores malos, y digo malos, porque buenos no los hay; y lo que es mejor, lo mismo se han muerto los buenos, cuando los ha habido, y volverán á morirse cuando los vuelva á haber; ni aquí se enriquecen los ingenios pobres con la lectura de los discretos ricos, ni tienen aquí más vanidad fundada que la que siempre traen en el estómago, pues por no hacerlos orgullosos nadie los alaba, ni los da qué comer. ¡Oh idea cristiana! Ni aquí prospera nadie con las letras, ni se cruzan los libros y periódicos en continua batalla; aquí las comedias buenas no se representan sino muy de tarde en tarde, sin otra razón que porque no las hay á menudo, y las malas ni se silban ni se pagan por miedo de que se lleguen á hacer buenas todos los días. Aquí somos tan bien criados, y tanto gustamos de ejercer la hospitalidad, que vaciamos el oro de nuestros bolsillos para los extranjeros. ¡Oh desinterés! Aquí se trata mal á los actores medianos, y peor á los mejores por no ensoberbecerlos. ¡Oh deseo de hu-

mildad! No se les da siquiera precio por no ahitarlos. ¡Oh caridad! Y á la par se exige de ellos que sean buenos. ¡Oh indulgencia! No es aquí, en fin, profesion el escribir, ni aficion el leer; ambas cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida: que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo ménos tonto y mayorazgo.

¡Oh tiempo y edad venturosa! No paseis nunca, ni tengan nunca las letras más amparo, ni se hagan jamas comedias, ni se impriman papeles, ni libros se publiquen, ni lea nadie, ni escriba desde que salga de la escuela.

Que si me dices, Andres, que se escribe y se lee, por los muchos carteles que por todas partes ves, diréte que me saques tres libros buenos del país y del dia, y de lo demas no hagas caso, que no es más ni mejor el agua de una cascada por mucho estruendo que meta, ni eso es otra cosa que el espantoso ruido de los famosos batanes del hidalgo manchego; despues de visto, un poco de agua sucia; ni escribe, en fin, todavía quien sólo escribe palotes.

Así que, cuando la anterior proposicion senté, no quise decir que no se escribiese, sino que no se escriba bien, ni que no fuese el de emborronar papel el pecado del dia, pecado que no quiera Dios perdonarle

nunca, ni quiero yo negar la triste verdad de que no hay dia que algun libro malo no se publique, ántes lo confieso, y de ello y de ellos me pesa y tengo verdadero dolor, como si los compusiera yo. Pero todo ese atarugamiento y prisa de libros reducido está, como sabemos, á un centon de novelitas fúnebres y melancólicas, y de ninguna manera arguye la existencia de una literatura nacional que no puede suponerse siquiera donde la mayor parte de lo que se publica, si no el todo, es traducido, y no escribe el que sólo traduce, bien como no dibuja quien estarce y pasa el dibujo ajeno á otro papel al trasluz de un cristal. Lo cual es tan verdad, que no me dejaria mentir ni decir cosa en contrario todo ese enjambre de autorzuelos, á quienes pudiéramos aplicar los tercetos del Rey de Artieda:

« Como las gotas que en verano llueven,
Con el ardor del sol, dando en el suelo,
Se convierten en ranas, y se mueven:
Con el calor del gran señor de Delo
Se levantan del polvo poetillas
Con tanta habilidad, que es un consuelo. »

Y más que me cuentes entre ellos, y por tanto me reconvengas, pues si me preguntas por qué me entremeto yo tambien en embadurnar papel, sin saber más que otros, te recordaré aquello de 'donde quiera que fueres, haz lo que vieres.' Así, si

fuese á país de cojos, pierna de palo me pondría; y ya que en país de autorcillos y traductores he nacido y vivo, autorcillo y traductor quiero y debo, y no puedo ménos de ser, pues ni es justo singularizarme y que me señalen con el dedo por las calles, ni depende ademas del libre albedrío de cada uno el no contagiarse en una epidemia general. Ni á nadie hagás cargos tampoco por lo de traductor, pues es forzoso que se eche muletas para ayudarse á andar quien nace sin piés, ó los trae trabados desde el nacer.

Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto á los demas, te diré que lo que no se conoce no se desea ni echa ménos: así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es el orgullo de los hombres, que nos pone á todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por dónde vamos, y te citaré á este propósito el caso de una buena vieja que en un pueblo, que no quiero nombrarte, ha de vivir todavía, la cual vieja era de estas muy leídas de los lugares; estaba suscrita á la *Gaceta*, y la habia de leer siempre desde la Real orden hasta el último partido vacante, de seguido, y sin pasar nunca á otra sin haber primero dado fin del anterior. Y es el caso que vivía y leía la vieja (al uso del país)

tan despacio y con tal sorna, que habiéndose ido atrasando en la lectura, se hallaba el año 29, que fué cuando yo la conocí, en las *Gacetas* del año 23, y nada más; hubo de ir un día á visitarla, y preguntándola que nuevas tenía al entrar en su cuarto, no pudo dejarme concluir; ántes arrojándose en mis brazos con el mayor alborozo y soltando la *Gaceta* que en la mano á la sazón tenía: «¡Ay señor de mi alma, me gritaba con voz mal articulada y ahogada en lágrimas y sollozos, hijos de su contento, ¡ay señor de mi alma! ¡Bendito sea Dios! que ya vienen los franceses, y que dentro de poco nos han de quitar esa picara Constitucion, que no es más que un desórden y una anarquía!» Y saltaba de gozo, y dábase palmadas repétidas; esto en el año 29, que me dejó pasmado de ver cuán de ilusion vivimos en este mundo, y que tanto da ir atrasado como adelantado, siempre que nada veamos ni queramos ver por delante de nosotros.

Más te dijera, Andres, en el particular, si más voluntad tuviese yo de meterme en mayores honduras; empero sólo me limitaré á decirte, para concluir, que no sabemos lo que tenemos con nuestra feliz ignorancia, porque el vano deseo de saber induce á los hombres á la soberbia, que es uno de los siete pecados mortales, por el

plano resbaladizo de nuestro amor propio; de este feo pecado nació, como sabes, en otros tiempos, la ruina de Babel, con el castigo de los hombres y la confusion de las lenguas, y la caída asimismo de aquellos fieros titanes, gigantazos descomunales, que por igual soberbia escalaron también el cielo; sea esto dicho para confundir la historia sagrada con la profana, que es otra ventaja de que gozamos los ignorantes, que todo lo hacemos igual.

De que podrás inferir, Andres, cuán dañoso es el saber y qué verdad es todo cuanto arriba te llevo dicho acerca de las ventajas que en esta, como en otras cosas, á los demas hombres llevamos los batuecos, cuánto debe regocijarnos la proposicion cierta de que «En este país no se lee porque no se escribe, y no se escribe porque no se lee»; que quieré decir, en conclusion, que aquí ni se lee ni se escribe; y cuánto tenemos, por fin, que agradecer al cielo, que por tan raro y desusado camino nos guía á nuestro bien y eterno descanso, el cual deseo para todos los habitantes de este incultísimo país de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir y en el cual tendrémós la paciencia de morir. Adios, Andres.

Tu amigo,

EL BACHILLER.

¿Qué país, Andres, el de las Batuecas! ¡Cuánto no prometé! ¿De mi amistad exiges que siga poniendo en tu noticia la que de este extraordinario suelo pueda alcanzar á tener? ¿Gustóte mi primera epístola? Juro en buen hora por mi honor, y ya sabes que este juramento es en estos tiempos y en las Batuecas cosa seria y sagrada, juro por mi honor, digo, que no tengo de parar hasta que tanto sepas en la materia como yo.

De poco te asombras, querido amigo: nadá es lo que he dicho en comparacion de lo que me queda que decir. Te dije que no se leía ni se escribía. ¿Cuál será tu asombro y tu placer cuando te pruebe que tampoco se habla? ¿No puedes concebir que llegue á tanto la moderacion de este inculto país? ¿Y por eso le llaman inculto? ¡Hombres injustos! Llamaís á la prudencia miedo, á la moderacion apocamiento, á la humildad ignorancia. A toda virtud habeis dado el nombre de un vicio.

¿Puede haber nada más hermoso ni más pacífico que un país en que no se habla? Ciertamente que no, y por lo ménos nada puede haber más silencioso. Aquí nada se habla, nada se dice, nada se oye.

¿Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, ó no se oye porque no hay quien hable? Cuestion es esa que dejáremos para otro dia, si bien cuestiones andan en esos mundos decididas, acreditadas y creidas más paradógicas que ésta. Empero contentate por ahora con saber que no se habla: costumbre antigua tan admitida en el país, que para ella sola tienen un refran que dice: «Al buen callar llaman Sancho»; y no necesito decirte la autoridad que tiene en las Batuecas un refran, y más un refran tan claro como éste.

Llégame á una concurrencia. — Buenos dias, D. Prudencio; ¿qué hay de nuevo?— Tsí, calle V., me dice con un dedo en los labios. — ¿Que calle? — Tsí; y se vuelve á mirar en derredor. — Hombre, si yo no pienso decir nada malo. — No importa, calle V. — ¿Ve V. aquel embozado que escucha?..... — Es un esp..... un sop..... — ¡Ah! — Que vive de eso. — ¿Y se vive de eso en las Batuecas? — Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ese hay muchos; así que todos estamos reducidos aquí á no hablar; mirenos V. oscuramente envueltos en vuestras capas, hablando por dentro del embozo, desconfiando de nuestros padres y de nuestros hermanos..... Parece que hemos cometido todos ó vamos á cometer algun delito..... Imite V. nuestro

ejemplo, que en ello le va más de lo que le parece.

¿Hay cosa más rara? ¡Un hombre que vive de lo que otros hablan! ¿Y dicen que los batuecos no son industriosos para vivir?

Va á edificarse un monumento que podrá dar gloria á las Batuecas; el plan es colosal, la idea magnífica, la ejecucion asombrosa; pero hay un defecto, un defecto tambien colosal: me apresuro: yo le haré conocer, yo le haré desaparecer. — Señor D. Timoteo, traigo un artículo para V.: insértemele V. en su miscelánea. — Ah! ¿Esto? Es imposible. — ¡Imposible! Y me añade al oido: — Usted no sabe que el sujeto que ha propuesto el plan se llama D. Y. Z. — Bien pudiera llamarse así ese sujeto y corregirse el defecto. — Pero es pariente del señor..... — ¿Y no pudiera seguir siendo su pariente despues de desaparecer el defecto? — Cierto; no me entiende V.; es mal enemigo, y no me atrevo á insertarlo.

¡Oh inagotable capítulo de las consideraciones! Por todos lados adonde nos volvamos para marchar, encontramos con la pared. ¡Qué de elogios no merece esta noble moderacion; este respeto á las personas que pueden entre los batuecos!

Encuéntrome con un escritor público.— Señor Bachiller, ¿qué le parecen á V. mis escritos?— Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen.— ¡Siempre ha de decir V. cosas!.....— ¡Y usted nunca ha de decir cosas! ¿Por qué no fulmina V. el anatema de la crítica contra ciertas obras que nos inundan?— ¡Ay, amigo! Los autores han descubierto el gran secreto para que no les critiquen sus obras. Zurcen un libro. ¿Son vaciedades? No importa. ¿Para qué son las dedicatorias? Buscan un nombre ilustre, encabezan con él su mamotreto, dicen que se lo dedican, aunque nadie sepa lo que quiere decir eso de dedicar un libro que uno hace á otro que nada tiene de comun con el tal libro, y con ese talisman caminan seguros de ofensas ajenas. Ampáranse como los niños en las faldas de mamá para que papá no les pegue.— ¿Por qué no pinta V. el desórden de nuestras costumbres y de nuestras?.....— ¡Ah! ¿no conoce V. el país? ¿Yo satírico? ¡Si tuviera el vulgo la torpeza de entender las cosas como se dicen! Pero es tanta la penetracion de estos batuecos, que adivinan el original del retrato que V. no ha hecho. Dice V. que es ridículo el ser un *calzonazos*; y que es un pobre hombre todo Juan Lanas, y sale un importante de estos que, á costa de tener reputacion, se

conforman con tenerla mala, y exclama á voces: ¡Señores! ¿Saben ustedes quién es ese Luan Lanas de quien habla el satírico? Ese Juan Lanas soy yo: porque para eso de entender alusiones no hay hombres como los batuecos.— Hombre, ¿qué ha de ser usted? Si el autor no le conoce siquiera.....— No importa; apuesto mi cabeza á que soy yo; y os pone un cartel de desafio, y no hay sino dejaros matar, porque él es un necio.— ¿Quién es aquella *sultana del Oriente*? le dicen á V.— Cualquiera que se halle en ese caso, responde V.— ¡Picarillo! le reponen; sí, á mí con esas..... Esa es la X***.— Como si no hubiera más que una en Madrid.— Agregue V. á esto que la naturaleza reparte sus dones con economía, y dando fuerzas á aquel á quien negó el talento, corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote, encuentro siempre que puede traer peores consecuencias para la primera que para el segundo.— Bien, pues no sea V. satírico: sea usted justo no más. Cuando representan pésimamente una comedia, cuando cantan rabian-do una ópera, cuando es la decoracion mezquina, ¿por qué no levanta su voz?— Con gente del teatro nunca se las haya V. Cervántes lo dijo. Nunca les falta algun campeón que defenderá su pleito, campeón

formidable. Además, es ese un teclado en que no se ve más que el exterior: nunca se sabe quién le toca: detrás del retablo y de esas figuritas de pasta de Gaiferos y los moros, debajo del parche de maese Pedro está Ginesillo de Pasamonte que los mueve: ¡ay! no tome V. la defensa de la infeliz Melisendra, no desbarate las figuras, que si la mona se escapa al tejado, si rompe la ilusión, si destroza las muñecas, las pagará caras. Esa es, en fin, materia sagrada, y *nadie las mueva, que estar no pueda con Roldán á prueba.*—Pero señor, nunca se ha ahorcado á nadie por decir que Fulano es mal cómico. —Lo que se ha hecho, señor Bachiller, y lo que se hará, mejor se está callado.—Se reclama, se apela... —Señor Munguía, quiero contarle á V. un cuentecillo, y es caso ocurrido no há muchos meses en un lugarcito de las Bañuecas.

Corríanse un día novillos, y contra la costumbre establecida en esos pueblos de salir enmaromado el animal, bien como debían andar por el mundo muchos animales de asta que yo conozco para que no hicieran daño, hubieron de determinarse á dejarle suelto por las calles. Capeábanle los mozos alegremente, y fué el caso que uno de ellos, más valentón que sus compatriotas, en vez de sortear al novillo, se dejó

sortear por él; notable equivocación: enganchóle el asta retorcida de la faja que en la cintura traía, y aún no se sabe cuáles hubieran sido las vicisitudes del jaque á no haber acudido en su auxilio dos primos suyos, movidos de aquel impulso natural que todos tenemos de amparar á los que andan enredados con animales cornudos. Soltáronle en efecto. Pero como quiera que los novillos no valgan nada cuando no hacen alguna de las suyas, amotinóse en la plaza la parcialidad contraria á nuestro jaque, clamando que para eso no se sacaba al novillo, y que el que no supiese torear la pagase, y que había sido una mala partida meterse entre dos que riñen á su salvo: que aquello de ayudar al capeador había sido una alevosía contra el toro; y aún es fama que alguno de los más leídos, que debía ser sobrino del cura, trató aquello de traición semejante á la de Beltrán Claquin, como le llama nuestro Mariana, cuando, volviendo lo de abajo arriba, dijo en Montiel: *ni quito ni pongo rey.* Como quiera que fuese, creció la zambra, enronqueciéronse las voces, alzáronse los palos, y no se sabe en qué hubiera parado aquella nueva discordia de Agramante, á no haberse aparecido en medio de la confusión la divina Astrea, disfrazada en figura de alcalde, que el mismo diablo no la co-

nociera, con medio pino en la mano en vez de balanza, y sin venda, porque es sabido que el que no ve con los ojos abiertos excusa tapárselos para no ver; y á su decision prometieron resignarse todos. Alegaron las partes, escuchólas á entrambas aquel rústico Lain Calvo, que fué milagro que se cansó en oirlas para sentenciar (aunque hay quien asegura que se durmió mientras hablaron), y dijo en conclusion alzando la voz estentórea: — *Señores, por la vara que tengo en la mano, y tenía el tal medio pino que llevamos referido, juro á bríos que me he enterado, aunque me esté mal el decirlo: y condeno á los dos primos á una multa para mis urgencias, es decir, para las urgencias de la justicia, que soy yo, por haber quitado la accion al animal; y declaro que en lo sucesivo nadie sea osado á ayudar en funcion de esta clase á ningun mozo, por lo ménos hasta despues de la primera embestida, porque el primer golpe es de derecho del toro, y nadie se le puede quitar. Y Dios sea con todos.* Con cuya decision debió quedar el pueblo sosegado y usted convencido. ¿Me ha entendido usted, señor Bachiller? Pregúntolo, porque si no me ha entendido ahora, excuso hacer más preguntas, que ya nunca me entenderá.

Así, pues, librese de la primera embestida, y no lo deje para la segunda; y

desengañase, que en las Batuecas si nos quita el adular, nos quita el vivir; es preciso contentarse con decir en todo papel impreso que la comedia estuvo de lo lindo; que todos los actores, incluso los que no la representaron, se sobrepujaron á sí mismos, que es frase que quiere decir mucho aunque no hay un cristiano que la entienda; que la decoracion fué cosa exquisita; que el público anduvo acertado en aplaudirla; que la invencion última es el sumum del saber humano; que el edificio y que la fuente, y que el monumento son otras tantas maravillas; que aquella otra cosa está planteada sobre las bases más sólidas y los auspicios más felices; que la paz y la gloria, y la dicha y el contento llegaron á su colmo; que el cólera no viene á las Batuecas porque describe triángulos acutángulos, y es cosa averiguada que todo el que describe esta figura al andar no puede pasar de cierto punto; entreverar un articulejo de volapiés, que esto á nadie ofende sino al toro; ingerir tal cual exámea analítico de la obra última entre sí diré, si no diré lo que hay en la materia, tal cual anacréontica, donde se le digan á Filis cuatro frioleras de gusto, con su poco de acertijo, y algun sonetuelo de circunstancias, que es cosa que sabe como cada fruta en su tiempo, y en las demas materias

¡chiton! que las noticias no son para dadas, la política no es planta del país, la opinion es sólo del tonto que la tiene, y la verdad esté en su punto. Además de que la lengua se nos ha dado para callar, bien así como se nos dió el libre albedrío para hacer sólo el gusto de los demás, los ojos para ver sólo lo que nos quieran enseñar, los oídos para sólo oír lo que nos quieran decir, y los piés para caminar adonde nos lleven.

Y á alguno conozco yo, señor Bachiller, que argüía á uno de estos que pregonan la felicidad presente; y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetía á cada punto ¿con qué estamos bien? A lo que le fué respondido como respondió Bossuet al jorobado: *Para batuecos, amigo mio, no podemos estar mejor.*

Así ves, Andres mio, á los batuecos, á quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido la lengua, no acertar á darse mutuamente los buenos días, tener miedo pazuatos y apocados á su propia sombra cuando se la encuentran á su lado en una pared, y guardándose consideraciones á sí mismos por no hacerse enemigos, sucediéndoles precisamente que se mueren de miedo de morir, que es la especie de muerte más miserable de que puede hombre morir. Bien como le sucedió á un en-

fermo á quien un médico brusista habia mandado no comer si queria evitar la muerte, que comiendo, segun decia, le amenazaba; el cual á poco tiempo de este régimen dietético se murió de hambre.

Por lo demás, querido Andres, te confieso que trae muchas ventajas el no hablar, y no quiero citarte para convencerte, entre otros oejemplos, sino el pícaro resultado y la larga cola, que más bien parece maza que cola, que nos han traído aquellas palabras que se hablaron en los principios del mundo, esto es, las que dijo á Eva la serpiente acerca del asunto de la manzana: *¿trance primero en que empezó ya á hacer la lengua de las suyas, y á dar á conocer para qué habia de servir en el mundo. Sin lengua, ¿qué sería, Andres, de los chismosos, canalla tan perjudicial en cualquiera república bien ordenada? ¿Qué de los abogados? Ni existiera sin lengua la mentira, ni hubiera sido precisa la invención de la mordaza, ni entrara nunca el pecado por los oídos, ni hubiera murmuradores ni Bachilleres, que son el gusano y polilla de todo buen orden. Con lo cual creo haberte convencido de otra ventaja que llevan los batuecos á los demás hombres, y de qué cosa sea tan especial el miedo, ó llámese la prudencia, que á tal silencio los reduce. Te diré más todavía:*

en mi opinion no habrán llegado al colmo de su felicidad mientras no dejen de hablar eso mismo poco que hablan, aunque no es gran cosa, y semeja sólo el suave é interrumpido murmullo del viento cuando silba por entre las ramas de los cipreses de un vasto cementerio; entónces gozarán de la paz del sepulero, que es la paz de las paces. Y para que veas que no es sólo Dios el que desaprueba el hablar demasiado, como arriba llevo apuntado, te traeré otra autoridad recordándote al famoso filósofo griego (y no me hagas gestos al oír esto de filósofo), que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar ántes de enseñarles ninguna otra cosa, que fué idea peregrina; y sería aquella cathedra lo que habria que oír, de donde concluyo, porque me canso, que cada batueco es un Platon, y no me parece que lo ha encarecido poco tu amigo,

EL BACHILLER.

P. D. Se me olvidaba decirte que á mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres batuecos! ¡Y ellos mismos se lo creían!

CARTAS DE ANDRES NIPORESAS

AL BACHILLER.

4.^a

Mi querido Bachiller: todas tus cartas he recibido, y no he contestado á ninguna, merced á esta pereza del país que nos tiene á todos poco menos que dormidos; pero como quiera que me preguntes varias cosas que te pueden ser de alguna satisfaccion saber, iréte contestando por parte, ó como pueda, que ya sabes que en punto á coordinar mis ideas no soy fuerte, y en punto á expresarlas soy flojo. En cambio de las buenas prendas lógicas y oratorias que me faltan encontrarás en mí una buena fé á prueba del siglo XIX, más que mediana inocencia, sana intencion, y lo que vale más que todo, un respeto, que te ha de asombrar, á todas las cosas, y un miedo, que habrás de conocer por muy saludable, á todas las personas.

Pongo párrafo aparte para elogiarte mi